

velorio, y capaz de aprender a bailar con corte si lo dejan arrimarse hasta el Agrícola.

6º — Que la actriz italiana, Lia Amanda se puso hecha un ají porque la llamó un hombre desde Italia y en Punta del Este no supieron dar con ella.

7º — Que amén de otras muchas cosas que ha hecho, la citada Catty Jurado ha tenido tiempo hasta para cumplir años, entre autógrafo y autógrafo.

8º — Que al periodista inglés Elkan Allan, representante del semanario "John Bull", se le hizo la luz en el mate a los tres días de estar, y declaró a la prensa: "Me doy perfecta cuenta que Punta del Este está lejos de representar al país..."

9º — Que antes de partir para Hollywood o Nagasaki, no se sabe, uno de los dos japoneses varones asistentes (Hideo Matuyama o Takechico Kimura, tampoco se sabe) entregó una larga declaración a la prensa manifestando que su país estaba encantado de haber perdido la guerra, y que ahora, gracias al sistema americano de vida que practican todos los japoneses con el mayor orden y democracia, los trenes llegan puntualmente en todo el Japón y las casas de papel se están construyendo hasta de ocho pisos, como en Chicago. Y que le alegraba haber visto al Uruguay, porque aquí había mucho libertad, y eso él lo diría a japoneses cuando de regreso, uno por uno, para que todos, Hirohito también, tratasen copiar estupenda enseñanza democrática americana de vida. Y colegiado con nueve emperadores todavía no, porque Japón muy, muy atrasado, pese nobles esfuerzos Hijo del Sol Mac Arthur. Pero que quién sabe y qué bueno, que otra coca-cola comonó.

10º — Que los pocos uruguayos inteligentes que había en Punta del Este se quedaron muy contentos con las declaraciones de Matuyama o Kimura (no se sabe) porque pensaron que el colonialismo adúlón está al fin y al cabo extendido a todo el mundo.

11º — Pero que después pensaron que no. Y que la diferencia es que el japonés lo dice obligado después de una guerra y de dos atómicas. Y no lo cree de ningún modo. Mientras que nosotros los uruguayos, sí, estamos idiotas del todo y no nos damos cuenta.

8 de febrero de 1952

A un siglo de Caseros

Uruguay, País de Generales

Después de vencer el día tres de febrero de 1852, hace hoy un siglo y horas, al fortísimo ejército de Rosas en la Batalla de Caseros o de Monte Caseros, el vencedor Justo José de Urquiza se dispuso a hacer

su victoriosa entrada en la ciudad de Buenos Aires, capital durante más de 20 años del vencido.

Tropas provenientes de todas las partes del Río de la Plata integraban el "Ejército Grande", que Urquiza había creído del caso formar para derrotar a Rosas. 24.000 hombres lo componían, y pertenecían los mismos a tres países: Argentina, que había contribuido con 19.300 hombres; Brasil, con 3.000 y Uruguay... con 1.700, bajo el mando directo del General César Díaz.

El "Ejército Grande" vencedor rompió la marcha sobre Buenos Aires a las ocho de la mañana del día 4 de febrero. Y al hacerlo, una orden de Urquiza lo detuvo de inmediato. Consiste la misma en que todos los cuerpos esperasen que pasara primero la División Oriental, que debía encabezar la columna victoriosa, como "justo homenaje a su conducta del día anterior".

Interrumpieron su marcha las tropas del Brasil y las divisiones de Entre Ríos, de Santa Fé, de Corrientes y de Buenos Aires. Con los caballos de la rienda, fue necesario esperar a que pasasen con el mismo uniforme de parada que habían lucido la víspera durante la pelea, y con la perfecta formación que los había hecho famosos en todo el Ejército, el puñado de hombres que tomaran el famoso mirador a la bayoneta. Aquellos pocos hombres, que eran la duodécima parte del Ejército por su número, habían sido la tercera parte el día anterior, por su comportamiento. Dividido, para la batalla, en tres partes, el ejército, Urquiza había confiado a los orientales toda el ala izquierda. Además, la suerte había querido que les tocara a ellos la única parte verdaderamente brava en la lucha. Ellos habían sido los vencedores de Caseros.

Hasta hoy, la historia habla de aquella división y cuando se refiere a la participación de los orientales en Caseros, se piensa solo en ella. Una circunstancia sin embargo digna de mención es la siguiente: los cuerpos argentinos estaban llenos de oficiales orientales. Y los nuestros que pelearon en Caseros, fueron muchos más que los que figuran en las nóminas de la División de César Díaz. Sin posibilidad de investigarlos a todos, esta nota quiere, sin embargo, destacar a Anacleto Medina, que, al mando de una División de Caballería, fue el que comenzó la batalla con una carga de lanza en el ala derecha. Y a Enrique Castro, jefe de la escolta del propio Urquiza, con actuación sobresaliente en la batalla, y a Fausto Aguilar y a Ventura Rodríguez, que también estuvieron. Y hasta uno de los hijos de Artigas, que también servía en las tropas entrerrianas, con mando efectivo.

Los orientales...

A fuerza de descuidar su cultura histórica, la gente termina no comprendiendo por qué razón algunos chiquilines sueñan todavía con llegar a generales. Ante los ojos miopes de un uruguayo, orientales incapaces de distinguir nítidamente ningún objeto colocado a una distancia

mayor de 20 a 30 años en el tiempo. El pasado es la época relativamente cercana en que Piendibene jugaba todos los domingos y en que algunos tangos famosos fueron estrenados.

Orgullosos de "nuestras libertades y convencidos más o menos de la necesidad de cuidarlas, la verdad, sin embargo, es que muchos piensan en la libertad como en una adquisición reciente de una civilización contemporánea de los primeros aparatos de radio y evidentemente posterior a las vitrolas, miramos todo el panorama conocido de la historia a través del estrecho tiempo de nuestra vida. Un general, por consiguiente, apenas si pasa de ser para nosotros una especie de burocracia más, con tareas un poco imprecisas, y pasible a lo sumo de ser colocado en una repisa, o exhibido en un desfile.

Hubo, sin embargo, una época en que los generales lo fueron casi todo sobre el mundo. Y ni que decir, claro, que era porque los generales y el mundo no se parecían casi en nada a los de ahora.

En el siglo XIX especialmente, cuando todo lo que es ahora nuestro se estaba formando, los generales fueron artículo de primera necesidad por el cual pueblo y gobiernos sentían una avidez parecida a la que experimentamos hoy por algunas materias primas esenciales. Con la misma urgencia desesperada con que ciertos países solicitan hoy un técnico capaz de organizar un Banco central, o un futbolero capaz de agilizar una línea delantera o una orquesta capaz de animar un carnaval, con esa misma necesidad desesperada con que se reclama hoy un héroe deportivo o un astro radial o cinematográfico, los pueblos de hace un siglo reclamaban generales. De que se consiguiera o no un buen general —valiente, experto, leal— dependía en un momento determinado todo. Y un general era lo que más y mejor se cotizaba, y lo que con más detenimiento y paciencia se buscaba por todas las partes donde fuera posible encontrarlo.

Resulta verdaderamente imperdonable que los uruguayos nos hayamos olvidado de eso, porque la verdad es que en este país donde cada haragán guarda en su pecho en potencia todas las excelsas virtudes de un Napoleón o de un Alejandro desambientado, esa época fue época de vacas gordas.

Antes aun de tener grandes jugadores de fútbol, el Uruguay —y a eso debe sin duda su existencia como país libre —tuvo generales sensacionales, que en épocas de paz exterior vivían entrenándose dentro de fronteras. Y que cuando llegaba el momento de salir a competir en el mercado rioplatense, no encontraban rival capaz de cotizarse tan alto como ellos.

El hecho que apuntamos no ha sido señalado nunca por nadie, que sepamos. Y a eso se deberá, sin duda, que tampoco se hayan estudiado bien jamás sus causas. Pero conviene no olvidar que antes de ser un país, fuimos una frontera. Un territorio de frontera, donde la guerra y la pelea eran endémicas, y donde los hombres, al barrer, no tenían

más oficio que el de sus armas. Sacando sus pequeños lios con los indios, en efecto, Buenos Aires o Santa Fe vivieron relativamente en paz bajo la dominación española. Nuestra tierra, no. Aquí se peleaba de mañana, de tarde y de noche. Y cuando no se peleaba, se estaban engrasando las armas, porque los portugueses estaban al lado, y porque nuestros indios eran con mucho los más peligrosos del Plata.

Hasta hoy, en nuestra psicología colectiva, han quedado huellas notables de este origen. Desde nuestro proverbial desamor a la ropa elegante, hasta eso que llamamos espíritu democrático y que no es otra cosa que la familiaridad entre los de arriba y los de abajo, muchas cosas tienen sin duda su explicación más honda en ese pasado reciente en que Montevideo no era plaza comercial como Buenos Aires, sino fortaleza militar, colocada en la vanguardia de un Virreinato y conviviendo con los enemigos seculares del mismo.

Cuando empezó la revolución americana, todos los pueblos de la otra Banda del Uruguay tuvieron que aprender a pelear. Nosotros en cambio conocíamos de antiguo el oficio. Y Artigas, que pasa por inventor de la guerra gaucha o guerra montonera, no hizo al fin y al cabo más que traducir a escala mayor lo que en pequeño llevaban haciendo su padre, su abuelo, sus primos, sus tíos y todos los amigos y parientes desde varias décadas antes.

No hay que extrañarse, por tanto, de que luego, en el correr de todo el siglo XIX, los generales orientales hayan sido lo que fueron: la mayor aspiración de cualquier gobierno extranjero. Eso que llamamos viveza criolla no es sino el profundo sentido de la estrategia, difuso en nuestra sangre a fuerza de siglos de vivir para ello.

No hay un solo general extranjero que haya comandado nunca (sin más excepción, quizás, que la de José María Paz durante la Guerra Grande) un ejército oriental dentro del Uruguay.

Los casos inversos, en cambio, son innumerables. Y así como Rosas estuvo dispuesto a dar un brazo por contar con los servicios y los conocimientos militares de nuestro Manuel Oribe, Mitre, cuando le llegó la hora de mantener organizada y libre de enemigos interiores la Argentina, dio todo de sí para conquistarse a nuestro Venancio Flores y ponerlo al frente de sus ejércitos. Este último caso es más notable todavía porque el otro candidato de Mitre era oriental asimismo (Paunero). Y así había sido siempre antes y fue siempre después. En Garzón y en Enrique Martínez, ambos orientales, tuvo San Martín sus mayores y mejores consejeros en los momentos más bravos de sus campañas. Y en Saravia, el hermano mayor de Aparicio, tuvo Río Grande do Sul el más grandes de sus guerrilleros.

Desde la época en que un oriental (Artigas ganó para la revolución rioplatense la primera batalla, Las Piedras) hasta los mismos umbrales del siglo XX, en que todo el sur brasileño reconocía en otro oriental, Aparicio Saravia, la máxima brillantez y capacidad militares, el Uruguay

fue tierra de militares y de generales notables. Es una pena verdaderamente que con el advenimiento de esa PAZ AMERICANA en que vivimos desde hace cuarenta años, no se haya encontrado un destino útil a los generales que podemos producir en cantidad y calidad sorprendentemente. Ha sido para el país un desastre tan grande como lo sería mañana para Venezuela la caída en desuso del petróleo, pongamos por caso...

Caseros

Tener presentes las circunstancias que acabamos de apuntar, puede resultar imprescindible para hacerse luego cargo, en toda su proyección, del papel que el destino había reservado a los hijos del Uruguay en la decisiva batalla de Caseros, que fue la mayor tal vez de las libradas nunca en el territorio rioplatense, y que sólo cede en cuanto al número de los que participaron en ella, frente a las de la sangrienta guerra posterior del Paraguay.

Mucho más grande fue todavía la batalla desde el punto de vista de sus proyecciones históricas, desde que determina todo el curso de la historia argentina en el largo lapso que va desde la caída de Juan Manuel de Rosas hasta el advenimiento de Juan Domingo Perón, lapso que podríamos caracterizar como el de la Constitución del 53, fruto concreto de Caseros y solo modificado en fecha reciente por el actual gobernante argentino.

La División Oriental

Aunque ahora no tengamos ya más batallas y antes no tuviéramos festivales de cine, la verdad es que el Uruguay no ha cambiado tanto después de todo, y que las cosas se hacían por aquellos tiempos con criterio bastante parecido al que se utiliza ahora. Basta historiar un poco lo que fue la preparación de la División Oriental —ya en camino de describir con un poco de orden todo el proceso de nuestra participación en aquella campaña, hasta su finalización— para comprobarlo.

Empezamos por el hecho de que de acuerdo con el tratado suscripto con Urquiza, el Uruguay se comprometía a mandar dos mil hombres a la empresa. Y no mandó, según se ha visto, más que 1.700... Y siguiendo por la forma en que fueron equipados esos 1.700, que no tiene desperdicio, y que parece obra de una repartición pública actual. Un primer hecho, por ejemplo; la división oriental no tenía caballería. ¿Por qué? Pues simplemente porque el Jefe de la misma, César Díaz, no era todo lo amigo que hubiera convenido del Ministro de la Guerra. Por primera y por única vez, creemos, salió tropa uruguaya a pelear fuera del país sin caballería! Y esto pasaba en la mitad del siglo XIX! Le tenían rabia a César Díaz, y la manera de sacársela era esa...

En sus "Memorias", Díaz cuenta lo que fue la primera organización de la División. De los cuatro batallones de Infantería que la componían,

uno de ellos, el Batallón Orden, era uno de los que habían sitiado a Montevideo durante la Guerra Grande. Ahora se le mandaba a pelear contra Rosas, y lo único que se hacía para ello era cambiarle el nombre de Batallón. Restauradores por el de Batallón Orden y sustituirle la oficialidad.

Ni que decir que hacerse público el destino del Batallón y desertar todos sus integrantes fue todo uno. De 470 sólo quedaron 75. Y César Díaz tuvo que ponerse a buscar a los fugitivos, hasta que consiguió traerlos de nuevo al redil. Se peleaba así en nuestro siglo XIX!

Parte la expedición, sin caballería según hemos visto, y lo primero que la sorprende al desembarcar en Buenos Aires, en un lugar llamado Potro de Pérez, es una lluvia torrencial. No tienen caballos para moverse, pues los que Urquiza debía mandar tampoco aparecen. No hay ni en qué transportar los cañones. Durante varios días toda la división tuvo que ponerse a fabricar yugos para los bueyes y coyundas, los primeros con sauces de la orilla y las segundas con el cuero de las reses que se comían. Y para ello, las únicas herramientas con que contaban eran dos hachas, una azuela y un serrucho...

La preparación se había hecho de manera tal que la ropa era estúpida y los uniformes de parada que se llevaban deslumbrarían después, como veremos, a los argentinos. Pero, en cambio, los soldados no tenían zapatos. Y los oficiales (oh detalle pequeño!) no tenían espadas! Había, sí, ciento cincuenta mil tiros de fusil y treinta mil piedras de chispa, pero los fusiles no pasaban de doscientos y estos eran de "malísima calidad".

Así, con trajes preciosos pero descalzos, con balas pero sin fusiles, con monturas pero sin caballos y en medio de un tiempo lluvioso, abrió aquella división, con lentas marchas a través de pantanos y arroyos crecidos la campaña.